

PATRICIO RAGO

HOMO LUDENS

NOVELA



emecé

Patricio Rago

Homo ludens

emecé

El Choco o el Cid Trovador

Al principio seguimos hablando de él como si nada hubiera ocurrido. Después, con el tiempo, fuimos dejando de evocar, y aún hoy, cada vez que alguien lo nombra, se hace un silencio en el que todos nos miramos un poco tristes, incómodos, abatidos. Es un segundo —menos de un segundo—, después sonreímos.

Al Choco lo quería *todo el mundo*. Lo querían los nenes y las nenas que entrenaba, los padres y las madres, y las chicas de la A, la B, la C, la D, la Segunda y la Cuarta. Lo querían también los pibes de rugby, los de tenis, los viejos de bochas, y hasta los guardias de la entrada. Y nosotros, claro. ¿Cómo no lo íbamos a querer? Si era la persona más entrañable del mundo.

Siempre te saludaba con una sonrisa y te apretaba la mano bien fuerte, dándote a entender que había un vínculo especial entre él y vos. Te miraba a los ojos y te preguntaba:

—¿Cómo estás? —y su interés era genuino, realmente le importaba.

Yo creo que pasaba más tiempo saludando a gente que Messi. En serio lo digo. A veces llegaba tarde y nosotros decíamos que en realidad hacía dos horas que estaba en el club, pero había tenido que saludar a tantas personas en el camino que recién llegaba a la cancha.

A mí me decía Patito, y eso que le llevaba varios años.

Tenía el carisma de Aliosha Karamázov y la inocencia del príncipe Mishkin, pero sin la inteligencia. Su expresión un poco tonta y el ceceo constante con el que hablaba te inspiraban una ternura terrible.

Se pasaba de lunes a viernes de cinco de la tarde a once de la noche en el club. Entrenaba Novena y Octava de nenes y nenas y ayudaba con las demás divisiones. Sábados y domingos arrancaba con los más chiquitos a las nueve de la mañana y se iba con los últimos al final del día. El club era su vida, su casa, el lugar que más amaba en el mundo.

Muchas veces lo encontrábamos antes de los entrenamientos practicando la arrastrada.¹ Se iba con una bolsa de bochas y le daba, una tras otra.

Yo lo miraba tirar y me debatía entre dos posturas. Por un lado, me daba mucha pena verlo aferrado a la imagen que se había construido de sí mismo en las inferiores, ese crack que al final no pudo ser, ese globo de una joven promesa que se pinchó ni bien subió a Mayores. Me partía el alma que, en vez de aceptar el lugar que el destino le había reservado, él siguiera ofuscado con un sueño imposible y absurdo, que los padres que lo habían visto jugar en Sexta y Quinta —y que no sabían nada de hockey—² aún le seguían

1 La arrastrada es un gesto de empuje que se usa en los cortos para tirar al arco. Su ejecución es extremadamente difícil. Requiere mucha técnica, coordinación y fuerza.

2 A grandes rasgos, podemos decir que el hockey sobre césped es un deporte bastante parecido al fútbol. Se juega once contra once y gana el que hace más goles. El planteo táctico es similar: un arquero, tres o cuatro defensores, tres o cuatro volantes, y dos o tres delanteros.

La pelota —a la que llamamos «bocha»— es mucho más chica y más dura, casi del tamaño de una pelota de tenis, y solo se puede tocar con un palo curvado en la punta. Si uno mira el palo con atención, va a notar que tiene

fogoneando. Pobre Choco. Los tipos le llenaban la cabeza diciéndole que era buenísimo y que Beto era un forro porque no lo ponía en Primera.³

Pero, por otro lado, pensaba, estaba bien que el Choco entrenara, que entrenara con toda, si eso lo hacía feliz. Y quizás tampoco estaba mal que siguiera esperando convertirse en aquel jugador que había soñado en la infancia. Si no lo lograba, al menos habría llegado al máximo de sus posibilidades.

Lo más importante, igual, pasaba afuera de la cancha.

Al Choco le encantaba tirar facha. Apenas tenía la oportunidad, se ponía en cuero para mostrar los abdominales marcados. Nosotros lo cargábamos, le decíamos que no hacía tanto calor, pero a él no le importaba.

un lado chato y otro redondeado. Al parecer, al que lo inventó se le ocurrió que golpear una bocha con un palo no era dificultad suficiente, y decidió que además solo valiera tocar la bocha con el lado chato. Esta ocurrencia le aporta un nivel de dificultad enorme, que sin duda desalienta a muchos niños y niñas que se quieren acercar al deporte. Girar el palo para tocar la bocha de «revés» al principio se complica, y mucho. Nunca le terminás de agarrar la mano, la verdad.

La cancha y los arcos son un poco más chicos que los de fútbol y las áreas son semicirculares. Antes se jugaban dos tiempos de treinta y cinco minutos y ahora cuatro cuartos de quince. El gol vale solo desde adentro del área y hay algo llamado «corto» que es una cosa muy rara, peligrosa y absurda que voy a tratar de explicar en otra nota. Siempre se jugó en canchas de pasto natural hasta que en los noventa se empezó a jugar en canchas de césped sintético. Este cambio de superficie aceleró el deporte, lo transformó por completo. ¿Qué más se puede decir? Hay dos árbitros y una mesa de control. Ah, y es un deporte amateur, se juega por la camiseta.

3 En Mayores hay solo dos equipos: la Primera y la Intermedia. Los mejores juegan en la Primera, que es la que decide en qué categoría juega el club, y los demás en la Inter. Los dos equipos entrenan en el mismo horario y en la misma cancha, pero separados. Cuando uno hace la parte técnica en la cancha, el otro hace la parte física afuera, después cambian.

Era un copado. Te celebraba todo, una historia, una ocurrencia, un comentario, hasta le festejaba los pedos a Pumba como si fueran la cosa más graciosa del mundo.

En los asados de los viernes era el primero en agitar unas cumbias para bailar, y si te descuidabas, te agarraba por atrás y te meneaba.

Se vestía con unas camisas de puños anchos, jeans ajustados y zapatillas blancas que compraba en La Salada. Un jugador de fútbol italiano. El Pechu le decía:

—«¡Qué elegancia la de Francia!».

En el boliche era la estrella, tiraba pasos, se metía en grupitos a bailar, rompía el hielo, nos abría el camino. Un grande. Y, aunque no tenía un mango, de alguna manera se las ingeniaba para aparecer con un champán y varias copas. Te subía la noche.

A veces se mandaba lo que nosotros llamábamos una «choqueada», y que era una especie de *blooper* lingüístico.

Masita nos contó que una noche pasaron con el auto por el Cid Campeador y el Choco le comentó a una piba de Regatas que iba con ellos:

—Ese es el Cid Trovador.

Y en un asado dijo:

—Como los tres chiflados: Jim, Carrey y Moe.

Una vez Pitu nos mandó la captura de pantalla de un chat:

«¿Me llevás un gean?», le había escrito el Choco.

«¿Un qué?».

«Un gin».

«¿Qué cosa?».

«Unos pantalones, para salir hoy».

«Sos un animal».

La noche del accidente yo no estaba. Los pibes se habían ido de joda, yo me había ido a dormir muy borracho después del asado.

Al otro día me despertó el llamado del Oso:

—Se murió el Choco.

—¿Qué?

El Oso estaba llorando, casi no podía hablar:

—Lo atropellaron esta mañana, a la salida del boliche. Estábamos con él.

Lo había atropellado un auto sobre Libertador, a la altura de Monroe. El cuerpo del Choco había volado por los aires y se había estrellado contra un árbol.

Murió al instante.

Me senté en la cama aturdido. Me dolía la cabeza, tenía la lengua pastosa y no entendía por qué el Oso decía esas cosas tan absurdas.

Hay momentos en la vida en que todo cambia. No podrías decir bien cómo es que lo sabés, pero el teléfono que tenés en la mano, la pared que mirás sin ver nada, la cama en la que estás sentado, el aire sucio que respirás, los átomos de tu cuerpo, todo sufre una leve variación. Algo se perdió, para siempre, en las cosas. No sabés qué es, pero ya no está.

Me vestí y fui para lo del Oso. Estaban Pitu, Chucky, Pumba, el Pechu y Gonza. Nos abrazamos y nos quedamos llorando en silencio.

Al otro día lo velaron en una salita de Villa del Parque, la misma en la que iban a velar a la vieja del Tano y al viejo de Fede años después.

Nunca vi tanta gente en un velorio. Iban llegando las nenas del club con flores, y a nosotros se nos partía el alma.

La madre estaba adentro, sentada al lado del cajón. Cada tanto levantaba la cabeza y nos miraba, como si no terminara de entender lo que le estaba pasando. Algunos la saludaron, a mí me dio cosa, no la había visto nunca.

De ahí nos fuimos para Chacarita.

Esta es una escena que nunca voy a olvidar.

Estamos en la base de la escalinata del crematorio.

Son las tres de la tarde.

Delante nuestro está la madre del Choco con una mujer que, adivino, debe ser su hermana. Son parecidas, aunque la hermana da la impresión de ser bastante mayor que ella.

Al rato se les acerca un pibe que debe ser el primo del Choco. No logro escuchar lo que le dice a la madre.

Llega el coche fúnebre y estaciona de culata. Se baja el chofer y les entrega un papel. Las mujeres y el primo suben la escalinata y se meten en una oficina.

El cielo está encapotado, se está por largar a llover.

En la playa de estacionamiento, otros grupos de familiares esperan su coche, el cuerpo de su familiar querido. Se van a despedir de sus padres, de sus abuelos, de sus tías. Ninguno está despidiendo a un pibe de veintitrés años. Los miro y me da bronca.

Pitu, Chucky, el Pechu, el Oso, Pumba y el primo del Choco agarran el cajón. Los pibes van a participar de un rito que la humanidad viene cumpliendo desde hace miles de años. Un último acto de amor, de cariño, de despedida.

Tienen la cara demacrada, las ojeras marcadas, los ojos enrojecidos. Cargan el féretro como si fuera una ofrenda sagrada, los seis mirando hacia la escalera.

Nosotros subimos con ellos. No somos muchos los que nos animamos. Arriba nos espera la madre con la hermana.

Dudo un segundo. No sé si quiero ver ese momento, pero ahí está el Choco y me tengo que despedir.

Entramos al crematorio. El ruido de las llamas y el olor a muerte son atroces. No debería existir un lugar así, pienso, ¿cómo vamos a lanzar al fuego a nuestros seres queridos?

Los pibes apoyan el cajón sobre la mesa de piedra. El de la funeraria nos mira:

—Se pueden despedir...

El tipo nos está diciendo que es ahora o nunca, que aprovechemos ahora porque del Choco no va a quedar nada más que unas cenizas que tal vez su madre conserve en la cómoda de su habitación o en un mueble en el living de su casa. El Choco ya no será más que eso, una cajita de madera que ella va a mirar cada mañana hasta el día en que se muera. Su propio infierno, su condena. Nadie puede imaginar tanto dolor.

Me acerco y apoyo la mano en el cajón:

—Chau, Choco, que tengas un buen viaje.

Cierro los ojos y siento las lágrimas que me caen por las mejillas.

Lo imagino en el club, con la musculosa azul, los pantalones cortos y la gorrita para atrás. Tiene el palo en una mano y una bolsa de bochas en la otra. Está yendo a practicar la arrastrada. Sonríe, ilusionado, como siempre, para siempre el Choco.

Entonces se escucha un grito:

—¡Nooooooooooooo!

La madre del Choco se arroja sobre el cajón que contiene el cuerpo de su hijo. Lo abraza, sollozando:

—¡No, no, no, no, no!...

El llanto es tan doloroso que nos quebramos todos. No se salva nadie. Incluso al tipo de la funeraria se le debe haber caído una lágrima. La concha de la lora.

Vuelvo a cerrar los ojos y al abrirlos veo que el cajón ya no está, que el Choco ya no está, ya no hay nada. Imagino que alguien —tal vez el de funeraria con la ayuda de alguno— lo habrá empujado hacia la ventanita que separa la materia de la nada.

Antes de que alguien se mueva, siento el olor inconfundible de un pedo de Pumba.

Ufffff.

Es un olor fétido, inhumano, brutal, una pinza invisible que me agarra de la nariz y me sacude la cabeza de un lado a otro.

¡Por dios!

Los familiares bajan, seguramente escapando del olor.

Bruno se levanta el cuello de la remera, Sandro aprieta los ojos y Chucky se tapa la cara con las manos y se pone a temblar. Pitu empieza a toser y de la tos pasa a una risa que trata de contener. El Oso, Masita, Moro, uno tras otro, todos nos vamos tentando y ya no sabemos si nos reímos o lloramos o las dos cosas al mismo tiempo.

Al bajar las escaleras Pumba dice:

—Perdón, muchachos, se me escapó.

—Tranquilo, amigo —le dice el Oso—. Seguro que el Choco lo habría apreciado.